

BREVE HISTORIA DE GRECIA

Dionisio Mínguez Fernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Grecia
Autor: © Dionisio Mínguez Fernández

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas:
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-204-1
Fecha de edición: Octubre 2007

Printed in Spain
Imprime: Medialive
Depósito legal:

ÍNDICE

La Acrópolis de Atenas,
donde la tierra toca el cielo 9

CAPÍTULO 1

La historia empieza en el Sur:
Creta, Cnosos, Micenas, Corinto... 19

CAPÍTULO 2

La historia se mueve
desde el norte 87

CAPÍTULO 3

La historia se ensancha por
Occidente121

CAPÍTULO 4	
La historia converge en Atenas: el siglo de Pericles	137
CAPÍTULO 5	
La historia se expande por Oriente: Alejandro Magno	207
CAPÍTULO 6	
Glosario	237
CAPÍTULO 7	
Cronología	277
Bibliografía	291

La Acrópolis de Atenas, donde la tierra toca el cielo

Subir a la Acrópolis de Atenas es una de esas experiencias que marcan profundamente la vida y el espíritu de cualquier persona medianamente sensible y educada.

Provisto de atuendo y calzado adecuado —lo mejor es, sin duda, camisa ligera, pantalón corto y alpargatas de esparto— puedes prepararte para la subida degustando un buen café griego en el bar Diónisos, en la avenida de Dionisio Areopagita, desde donde se puede obtener una visión global de la Acrópolis.

La impresionante estructura de los Propíleos, que todavía hoy constituye el principal acceso a la colina, comprende un cuerpo central de seis columnas dóricas en cada fachada y dividido en





el interior en dos vestíbulos por medio de un muro con cinco puertas. A la izquierda, la Pinacoteca con su espléndido porche, y a la derecha, en primer lugar, el magnífico templo jónico de Atenea Nikê (Atenea victoriosa) con su secuencia de frisos relativos a la batalla de Platea. Detrás, el templete de Artemisa Brauronia, y la Calcoteca con su colección de objetos de bronce.

A la izquierda, si te animas a subir por una rampa lateral bastante empinada y que exige andar con sumo cuidado, desembocarás en una especie de balconada desde donde se dominan, en primer término, las ruinas del antiguo Areópago, o Tribunal Supremo, y un poco más allá, el Ágora, centro neurálgico de la vida ciudadana en la antigua Atenas.

Otra pequeña subida y llegas a una explanada un tanto irregular, pero protegida al norte por una sólida barandilla que se abre sobre el muro de Temístocles. La impresión es realmente sobrecogedora. Dejando a la derecha el pedestal de lo que un día fue la soberbia estatua de Atenea Prómachos, obra de Fidias, y a la izquierda la antigua Casa de las Arréforas (jóvenes de la alta sociedad ateniense que, después de un rito secreto, estaban dedicadas durante un año al culto de la diosa), surge el maravilloso conjunto de Poseidón Erechteion, con el Olivo sagrado y su famosísimo pórtico de las Cariátides. Y a la derecha, dejando a un lado el impresionante Museo de la Acrópolis, te





encuentras finalmente frente a la cumbre más emblemática de la arquitectura griega, el Partenón.

A unos cien metros de la entrada al Partenón, a la izquierda, hay —o, por lo menos, había— entre otras ruinas, un capitel truncado que yo siempre, en mis visitas, consideré como *mi capitel*, desde el que se disfruta de una vista sencillamente incomparable de la ciudad y de la propia Acrópolis con, al fondo, en el horizonte, la silueta triangular del monte Pentélico y, al otro lado, la colina del Licabeto. La vista compensa sobradamente cualquier esfuerzo.

La ladera sur está sembrada de santuarios, como la Gruta de las Ninfas y del dios Pan, y los templos de Apolo y de Afrodita. En la base de la colina destaca el monumental Teatro de Diónisos, escenario grandioso de las más famosas representaciones teatrales de la antigua Grecia.

Ante el conjunto de la Acrópolis y, sobre todo, frente al Partenón, el templo de Atenea, la diosa virgen (en griego, *párthēnos*), que da nombre a la ciudad y sintetiza la historia de un pueblo único e irrepitible, a la vez que corona una civilización inigualable.

Naturalmente, surgen muchas preguntas: ¿Cómo se gestó esa historia? ¿Cómo y por qué influyó de manera tan determinante en la configuración de Occidente? ¿Es el comienzo, o más bien la meta, de nuestra civilización? Los occidentales, ¿somos esencialmente “griegos”?







1

La historia empieza en el Sur: Creta, Cnosos, Micenas, Olimpia, Esparta, Corinto...

La historia de Grecia comienza en una isla abrupta que cierra la franja sur del mar Mediterráneo, la isla de Creta. Según el mito originario, ahí precisamente es donde Zeus, el dios supremo, y Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, se unen y dan origen a la austera realidad que marca el arranque de la historia de Grecia y, por tanto, del mundo occidental.

Pero la historia no es pura crónica de hechos ordenados por fechas, sino magnitud dinámica, sucesión de encuentros e impredecible cruce de caminos entre pueblos y culturas, determinados casi siempre por los condicionamientos que marca la geografía. Y es que, al contemplar el mapa de Grecia, llama la atención el infinito reguero de

islas e islotes diseminados por el mar Egeo, como si se tratara de flecos sueltos arrancados por un violento ciclón que, procedente del Sur, se hubiera desatado hacia el Noroeste, en dirección al Monte Olimpo, la morada de los dioses, o como una infinidad de semillas destinadas a fructificar en el nuevo mundo de Occidente.

MINOS Y EL MISTERIO DEL LABERINTO

Los orígenes son siempre misteriosos; quizá por eso despiertan una curiosidad tan extraordinaria. Pero, a la vez, la fascinación y el asombro de los comienzos no es patrimonio exclusivo de los protagonistas, sino también de sus sucesores. Más tarde, Platón, uno de los más grandes pensadores griegos de todos los tiempos, dirá que “el asombro es el principio de la filosofía”.

El misterio de los orígenes de Occidente surge en el sur del mar Mediterráneo, concretamente en la escarpada isla de Creta que, además de su relevancia histórica, ocupa un puesto importante en la mitología y en la leyenda.

Según la leyenda, Creta fue el lugar del nacimiento de Zeus, el dios supremo de la mitología griega que, después de raptar a Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, la condujo hasta su isla natal, donde se establecieron y engendraron a Minos, Éaco y Radamante.

EL MITO DE EUROPA

Una mañana de verano, en una playa mediterránea de la región de Fenicia, las hijas de Agenor, rey del país, bajan a la playa para darse un baño. Mientras se zambullen en las olas, el mar empieza a agitarse de manera extraña. Las jóvenes se asustan y empiezan a huir, cuando de la superficie del mar emerge la testuz de un toro de extraordinaria belleza y con gesto conciliador. Las jóvenes se quedan estupefactas, porque el animal les sonríe con una gracia que elimina cualquier asomo de temor. Picadas de curiosidad, se acercan al intruso, no sin cierta desconfianza. La mayor, llamada Europa, es la más audaz. Ante la preocupación de sus hermanas, la joven se acerca al animal, que despierta en ella una atracción irresistible. Cuando Europa está ya cerca del toro, éste empieza a hacer cabriolas, como invitándola a jugar con él. Las hermanas contemplan con curiosidad el espectáculo; y poco a poco se van acercando, hasta formar una especie de ronda de juego.



Al cabo de un rato, el bello animal y la atrevida Europa se separan poco a poco del grupo, para terminar adentrándose en mar abierta. Mientras surcan el mar, el toro se manifiesta a Europa como personificación de Zeus, el dios supremo de un pueblo que dará origen a una extraordinaria civilización.

Durante el trayecto, y como acompañando a la pareja, surgen a la superficie toda clase de criaturas marinas: nereidas, tritones y hasta el mismo Poseidón, hermano de Zeus y dios del mar, como cortejo festivo de los enamorados. Europa pregunta a Zeus adónde se dirigen, a lo que el dios responde que la conduce a la isla de Creta, su propia patria, donde la hará su esposa y engendrarán hijos que serán dioses y dominarán el mundo. De ese modo, Zeus y Europa llegan a Creta, isla bravía y clave de un nuevo continente, al que Zeus da el nombre de su prometida, Europa. Con el tiempo, de la pareja nacen Minos, Éaco y Radamante, futuros reyes de un nuevo mundo y, eventualmente, jueces de ultratumba.

Minos fue un gobernante audaz que hizo de Creta una potencia naval del Mediterráneo; fomentó el comercio, construyó grandes edificios públicos, elaboró un excelente código legislativo que ha llevado a considerarlo como el primer legislador de Occidente, estableció un sistema de educación y promovió el florecimientos de las artes. A su muerte, le sucedió su hijo Minos II.

Minos II resultó ser la antítesis de su padre. Orgullosa y tremendamente egoísta, se enamoró de la joven Britomartis; pero ésta, al conocerlo, prefirió precipitarse al mar antes que casarse con él. Entonces se casó con Pasifae, de la que tuvo varios hijos, a todos los cuales les golpearía el infortunio: Ariadna se enamoró de Teseo, el gran héroe ateniense, que la abandonó; Fedra se suicidó; Andrógeo murió en Atenas luchando con un toro; y Catreo fue asesinado por uno de sus hijos.

Según la mitología, Minos ofreció a Poseidón, dios del mar, levantar un templo en su honor como agradecimiento por haberle ayudado a acceder al trono, y pidió al dios que le enviara un toro sagrado para el sacrificio. Poseidón se lo envió; pero Minos se lo quedó para sí, y sacrificó al dios otro toro. Como venganza, Poseidón hizo que Pasifae, la esposa de Minos, se enamorara del animal sagrado y se uniera con él. Y de esa unión nació un terrible

monstruo, el Minotauro, mitad toro y mitad humano. Para ocultar a la monstruosidad y mantenerla en cautividad, Minos encargó al arquitecto Dédalo que construyera en su palacio un entramado de túneles y pasadizos con infinitos recovecos, al que llamó Laberinto, del que nadie pudiera escapar.

Un aciago día, Egeo, rey de Atenas, comunicó al rey de Creta que su hijo Andrógeo había muerto en la ciudad luchando con un toro. Para vengarse, Minos declaró la guerra a Atenas, pero su ejército fracasó. Entonces oró a su padre Zeus, que azotó a la ciudad con hambre y enfermedades. Los atenienses pidieron consejo a un oráculo sobre la forma de librarse de la ira de Zeus, el cual les ordenó conceder a Minos cualquier satisfacción que exigiera; éste les exigió que se le enviasen a Creta siete jóvenes varones y siete doncellas para ser ofrecidos como sacrificio al Minotauro. Este tributo debía repetirse cada nueve años.

El hijo del rey ateniense, el valeroso Teseo, se ofreció como voluntario para formar parte del siguiente grupo de jóvenes, con el propósito de matar al Minotauro. Teseo y su padre acordaron que, al regreso de Creta, Teseo izaría en su barco velas negras si había fracasado o velas blancas si había logrado vencer al monstruo. Teseo, al llegar a Creta, conoció a Ariadna, hija de Minos, que se enamoró de él. Entre los dos

trazaron un plan para que el héroe ateniense lograse su propósito. Siguiendo el consejo de Dédalo, Ariadna, que conocía bien los secretos del palacio y del Laberinto, entregó a Teseo un hilo casi invisible para que pudiese encontrar la salida una vez que hubiera matado al Minotauro. Todo sucedió según los cálculos. Teseo se enfrentó al Minotauro, le dio muerte y huyó de Creta acompañado por Ariadna. Pero la abandonó en Naxos, antes de llegar a Atenas.

En el viaje de regreso a Atenas, Teseo se olvidó de cambiar las velas negras de su nave por velas blancas, como había acordado con su padre, si la operación de rescate terminaba con éxito. Cuando la gloriosa expedición ya avistaba Atenas, el rey Egeo se acercó al litoral. Al ver velas negras en la nave de su hijo, pensó que la operación había fracasado y Teseo había muerto. Y presa de dolor, se arrojó al mar, que desde entonces lleva el nombre del rey, Egeo. Hasta aquí lo que dice la mitología.

FASES DE LA HISTORIA DE LA ANTIGUA GRECIA

Esta es una división arbitraria que intenta solo facilitar la comprensión de la secuencia de sucesos históricos

- * Época Premicénica. Cultura Minoica (Desarrollada en Creta hacia el 2000 a.C.)
Edad del Bronce cretense. Conocían la escritura, como lo demuestran las tablillas encontradas en Cnosos.
- * Época Micénica (2000-1150 a.c.)
Junto con la Minoica, constituye la civilización de los grandes palacios].
- * Época Oscura (1150-800 a.C.)
- * Época Arcaica (800-500 a.C.)
- * Época Clásica (500-338 a.C.)
- * Época Helenística (338-146 a.C.)